

## II

## ALEGRÍA

Era Luisa una joven singularmente hermosa, pero de una hermosura grave. Era alta y esbelta, y participaba de la Juno antigua en cuanto á la regularidad de sus severas facciones, y de la Diana cazadora por la elegancia y ligereza de su talle. Á pesar de su tez morena, de las arrugas con que el trabajo señaló sus manos y á despecho de su humilde traje, el exterior de la joven era tan noble, que el buen artesano dominado por su admiración paternal, acostumbraba decir que tenía aire de princesa. No trataremos de pintar la gratitud y el estupor de aquella familia tan inesperadamente arrancada á una suerte espantosa. Ese inesperado suceso, hizo que por un instante todos olvidaran la muerte de la niña Adela; solo Rodolfo observó la extremada palidez de Luisa y la sombría distracción en que á despecho de la libertad de su padre estaba sumergida. Deseoso de tranquilizar completamente á la familia con respecto á su porvenir, y de explicar aquella generosidad que podía dar sospechas de que no era lo que parecía, se llevó al lapidario á la escalera, mientras que la modista preparaba á Luisa para noticiarle la muerte de Adela.

— ¿Antes de ayer mañana, dijo Rodolfo, vino á esta casa una señora joven?

— Sí, señor; y me pareció que nuestra situación la afligía mucho.

— Á ella, y no á mí, es á quien después de Dios habéis de dar las gracias.

— ¿De veras, caballero? ¡Con qué aquella señora joven!...

— Esa es vuestra bienhechora. Yo suelo llevarle telas para comprar; y como antes de ayer supe por la portera vuestra situación, contando con la caridad de esa señora fui á su casa; ella estuvo antes de ayer aquí á fin de juzgar por sí misma de vuestra desgracia, que la contristó mucho; mas como esa pobreza podía ser efecto de mala conducta, me encargó que lo más pronto posible tomase informes acerca de vos, porque deseaba socorremos en caso de que fueseis hombre honrado.

— Siempre me pareció una excelente señora. Bien tuve yo razón cuando dije á Magdalena...

— Cuando le dijisteis: si los ricos supiesen... ¿No es esto?

— ¡Cómo! ¿es posible, caballero, que vos sepáis?...

— Desde las seis de la mañana, dijo Rodolfo interrumpiéndole, estaba en el granero inmediato á vuestra guardilla.

— ¿Vos, caballero?

— Sí, hombre honrado y excelente, todo lo he oído.

— ¡Dios mío! ¿y cómo estabais allí?

— Fuese para bien, fuese para mal, nadie podía darme más seguros informes que vos mismo, y he querido oírlo y verlo todo sin que vos lo supieseis. El portero me había hablado de ese local, le he pedido que me dejase verlo, he estado en él una hora, y me he convencido de que no hay carácter más probo, más noble, ni más resignado que el vuestro.

— Os aseguro, caballero, que todo eso no tiene mérito alguno; nací de ese modo, y no podría obrar de otro.

— Lo sé y por esto no os alabo, sino que os aprecio. Iba á salir de ese rincón para arrancaros de manos de los alguaciles, cuando al oír la voz de vuestra hija he querido que tuviera el placer de salvaros. Desgraciadamente no ha podido ser así, y como ayer cobré algunas sumas que me debían, he hecho el adelanto á vuestra bienhechora pagando por vos esa malhadada deuda. Vuestro infortunio ha sido tan grande y tan honrado, que el interés que por vos se toma y que merecéis no terminará aquí; de manera que en nombre de vuestro ángel salvador, puedo responderos de que el porvenir vuestro y el de vuestros hijos será tranquilo y dichoso.

— ¡Es posible! á lo menos, caballero, decidme el nombre de ese ángel del cielo, ó de ese ángel salvador, como vos le llamáis.

— Sí, es un ángel, y vos dijisteis con razón que grandes y chicos todos sufren.

— ¿Acaso es desgraciada esa señora?

— ¿Y quién en el mundo no padece? No veo motivo alguno para callaros su nombre: esa señora se llama.... De repente acordóse Rodolfo de que Madama Pipelet sabía que la marquesa de Harville fué á la casa á preguntar por el comandante, y temiendo por esto la indiscreta habladuría de la portera, después de un corto silencio repuso: Os diré el nombre de esa señora con una condición.

— ¡Oh! hablad, bablad, caballero.

— Que no se lo diréis á nadie, ¿estáis? á nadie.

— Os lo juro; ¿pero al menos no podré ir á dar las gracias á esa providencia, á esa providencia de los desamparados?

— Se lo pediré á Madama de Harville, y no dudo que consentirá en ello.

— ¿Cómo habéis dicho que se llama?

— Mi señora la marquesa de Harville.

— ¡Oh! nunca olvidaré su nombre: ella será la santa á quien yo dirija mis plegarias. ¡Jamás olvidaré que por ella se han salvado mi mujer y mis hijos. Pero ¡ay de mí! no todos; la pobre Adela no volveremos á verla, es verdad que pronto había de morir, puesto que estaba desahuciada; y al decir esto el lapidario enjugó las lágrimas.

— En cuanto á los últimos deberes que tenéis que cumplir con respecto á

ella, creo que ha de hacerse lo siguiente. Yo, todavía no ocupo mi cuarto que es grande, bueno y ventilado; en él hay una cama y se pondrá todo lo necesario, á fin de que podáis acomodaros allí vos y vuestra familia, hasta que madama de Harville disponga en donde debéis estar. El cuerpo de vuestra hija permanecerá en la guardilla, en donde toda la noche será guardado y velado por un sacerdote.

— ¡Pero cómo! ¿os privaréis de vuestro cuarto? Ahora que ya estamos tranquilos y que yo no tengo miedo de ir á la cárcel, mi triste guardilla me parecerá un palacio, y más si se queda Luisa para cuidar de todo, como hacía en otro tiempo.

— Luisa no se separará de vuestro lado.

— ¡Dios mío! ¿Es posible? me parece un sueño.

— Es una realidad, y si para el dolor de un padre pudiese haber compensación, diría que habéis perdido una hija y recobrado otra. ¿Con qué aceptáis mi cuarto? Pensad en vuestra mujer cuya cabeza está ya tan débil y que no podría sobrellevar ese doloroso espectáculo durante veinticuatro horas.

— Vos pensáis en todo. ¡Cuán grande es vuestra bondad!

— Debéis dar gracias á vuestro ángel bienhechor, que es quien me inspira. Yo os digo lo que ella os diría, y estoy seguro de que aprobará lo que hago. Admitid el cuarto y todo quedará arreglado. Decidme ahora, ¿ese Jaime Ferrán es el notario que vive en la calle de Sentier?

— Nublóse el rostro de Morel al oír esta pregunta, y contestó:

— Sí, señor: ¿le conocéis acaso? Y luego asaltándole de nuevo sus temores con respecto á Luisa, repuso: puesto que me habéis oído, caballero, decidme si tengo motivo para odiar á ese hombre. ¡Quién sabe si mi hija Luisa...! y sin poder terminar la frase ocultó el rostro entre las manos. Rodolfo comprendiendo sus temores, le dijo: En mi concepto, el proceder del notario debe tranquilizaros: sin duda os hacía prender para vengarse de los desdenes de vuestra hija: por lo demás tengo motivos para juzgarle hombre perverso, y siendo así contemos con la Providencia.

— Es muy rico y muy hipócrita.

— Vos erais bien pobre y estabais desesperado, y sin embargo ha venido en vuestros ayuda la Providencia.

— No creáis, caballero, que porque digo esto soy ingrato.

— Un ángel salvador ha venido á vos; y si el notario es criminal, quizás le alcanzará un vengador inexorable.

En este momento la costurera salió de la guardilla enjugándose las lágrimas, y Rodolfo le dijo: ¿No es verdad, vecina, que Morel hará muy bien en ocupar mi cuarto con su familia, mientras que su bienhechora de quien yo soy agente, les destine otra casa?

— ¿Es posible, caballero, que vuestra generosidad llegue á tal punto? exclamó la joven admirada.

— Sí, pero con una condición que depende de vos.

— ¡Oh! todo lo que dependa de mí...

— Teago que arreglar con premura algunas cuentas para mi principal, por que vendrán á buscarlas muy luego. Si me permitís que en calidad de vecino haga ese trabajo en vuestro cuarto, en un rinconcito de la mesa, os prometo no molestaros en nada, y con esto la familia de Morel, con la ayuda de Mr. y Mad. Pipelet, podrá trasladarse á mi piso.

— ¡Oh! si no es más que eso, con muchísimo gusto. Entre vecinos no se niegan estos servicios; y además vos me dais un grande ejemplo con lo que hacéis en favor de ese desgraciado Morel. Estoy á vuestras órdenes.

— Llamadme vecino, dijo Rodolfo sonriéndose: á no ser así no puedo admitir el ofrecimiento.

— No se preocupe por tan poca cosa: mucho más, cuando puedo llamaros vecino porque lo sois.

— Padre, dijo uno de los niños saliendo de la guardilla, venid, venid, que madre os llama.

— ¡Id, buen Morel: cuando todo esté arreglado ya os avisaremos.

Entró en su cuarto el lapidario y Rodolfo dijo á la costurera: Ahora, vecina mía, es preciso que me hagáis otro favor.

— Si depende de mí, dadlo por hecho.

— Estoy seguro de que sois una excelente mujer de gobierno. Se trata de comprar en el acto todo lo que se necesite para vestir á la familia de Morel é instalarla en mi cuarto, en donde no hay más que mi *equipaje*, que por cierto es bien escaso; ¿Que haríamos, á fin de procurarnos al momento todo lo que se ha menester?

— La joven reflexionó un instante, y luego dijo: antes de dos horas tendréis todo lo que deseáis: vestidos hechos, de abrigo y bien limpios, ropa blanca para toda la familia, las camas indispensables y todo lo demás que hace al caso; pero todo costará mucho dinero, pero mucho...

— ¿Cuánto?

— Por lo menos quinientos ó seiscientos francos, y puede ser que me quedecorta.

— ¿Por todo eso?

— Sí, es mucho dinero, ¿no es verdad? dijo la costurera meneando la cabeza.

— ¿Y lo tendríamos todo...?

— En menos de dos horas.

— ¿Lo haréis por arte de brujería, vecina?

— ¡Jesús! pues si es cosa muy sencilla: á dos pasos de aquí está el Templo, en donde encontraréis de todo.

- ¿ El Templo ?
- Si, el Templo.
- ¿ Y qué es eso ?
- ¿ No tenéis noticia del Templo ?
- No por cierto.
- Pues ese es un lugar en donde las gentes como vos y yo compran su ajuar cuando son económicos, porque venden las cosas más baratas, y son tan buenas como en cualquiera otra parte.
- ¿ Eso hay ?
- Por supuesto ; vamos á ver, ¿ cuánto os cuesta esa levita ?
- Si he de decir verdad, no me acuerdo.
- ¿ Cómo, vecino ? ¿ No sabéis lo que os cuesta la levita ?
- En confianza, vecina mía, os diré que la debo, y ya veis que no puedo saber...
- ¡ Ay, ay ! vecino, se me antoja que tenéis poco orden.
- ¡ Qué queréis, vecina !
- Pues es preciso que os corriáis si hemos de ser amigos : y creo que lo seremos, pues tenéis trazas de ser un buen muchacho, y no temo que os pese tenerme por vecina : yo os ayudaré, pues para esto sirve la vecindad : yo cuidaré de vuestra ropa blanca, y vos daréis una mano á mis muebles el día en que esté de limpieza : y como yo madrugo mucho, os despertaré para que no vayáis tarde á casa de vuestro amo.
- Corriente.
- ¿ Y tendréis orden ?
- Por supuesto.
- Y cuando hayáis de comprar alguna cosa lo haréis en el Templo ; porque esa levita que quizás os cueste ochenta francos, allí la hubierais comprado por treinta.
- ¡ Cuidado que es singular ! de suerte que á vuestro juicio con quinientos ó seiscientos francos, esa pobre familia de Morel...
- Tendrá todo lo necesario, muy bueno, y para mucho tiempo.
- Me ocurre una idea.
- Vamos á ver.
- ¿ Entendéis algo en eso del ajuar de una casa ?
- ¡ Toma si entiendo ! pues no faltaba más.
- Entonces, tomad mi brazo, y vamos al Templo á comprar lo necesario para esa familia desgraciada.
- ¡ Qué felicidad ! pobres gentes ; ¿ pero y dinero ?
- Le tengo.
- ¿ Quinientos francos ?

- El bienhechor de Morel me ha dado carta blanca, y con tal que esa familia esté bien, nada importa gastarlo.
- Pues entonces vamos al Templo, en donde hay de todo y para todos, chicos y grandes.
- Vamos allá.
- ¡ Ay Dios mío ! ahora me ocurre... una cosa.
- ¿ Qué sucede ?
- Nada, ya sabéis que el tiempo es toda mi hacienda ; estoy un poco atrasadilla, porque unas veces velando á la pobre mujer de Morel, otras remendando algunas prendas de los chiquillos, se pierde una hora por un lado y otra por otro, que al fin y al cabo vienen á representar un día perdido, lo que es tanto como perder un franco y medio que necesito para comer ; pero en fin robaré algunos ratos al sueño, y además como las satisfacciones son pocas, no quiero despreciar esta que por un momento me hará creer que soy rica y que todas esas cosas para Morel las compro con mi dinero. Cojo el chal y el sombrero y nos vamos.
- Entre tanto, si no os parece mal, llevaré estos papeles á vuestro piso.
- Corriente, y con esto veréis el cuarto, que á estas horas ya está limpio y arreglado, dijo con cierto orgullo la joven, lo cual os prueba que soy madrugadora, y que si vos sois dormilón y perezoso, mi vecindad va á fastidiaros ; y al decir esto, lista como una ardilla bajó la escalera seguida de Rodolfo, que fué á su cuarto á sacudirse el polvo del granero.
- Mas adelante diremos la razón por que Rodolfo ignoraba todavía el rapto de Flor de María que hicieron en la anterior velada, y de paso recordaremos al lector que como la modista era la única que sabia la habitación de Germán, hijo del Maestro de Escuela, y Rodolfo estaba muy interesado en penetrar aquel secreto, creyó que el paseo al Templo le granjearía la confianza de la costurera, distrayéndole al mismo tiempo de las tristes ideas despertadas por la muerte de la niña del lapidario.
- En efecto, la hija que Rodolfo lloraba de continuo, debió morir á esa edad, según sus cálculos, porque Rodolfo ignoraba que en vez de morir, María fué entregada en aquella época á la Lechuza por el ama de gobierno del notario Ferrán con el objeto que más adelante se sabrá. Rodolfo entró en el cuarto de la costurera llevando un grande legajo de papeles.
- Luisa tenía poco más ó menos, la misma edad que su antigua compañera de cárcel la Cantaora, y entre ellas había la misma diferencia que entre la risa y el llanto, entre la indiferencia jovial y la melancólica pesadilla ; entre la más audaz imprevisión y los más sombríos é incesantes cálculos para el porvenir ; entre un alma delicada, esquisita, poética, sensible hasta el exceso, mortalmente herida por el remordimiento, y un carácter alegre, vivo, feliz, ligero,